

# COTTOLENGO: MILAGRO DIARIO DE LA PROVIDENCIA

## Formulismos.

Un hecho aislado que de improviso se presenta ante los ojos, puede con su contenido, señalar la dirección de una vida, como una chispa puede provocar un pavoroso incendio. Los casos se repiten. Para mejorar los servicios y salvaguardar el orden, todas las obras benéfico-sociales, (sin excluir las otras), deben tener su finalidad y reglamentos. Lo contrario sería abrir la puerta al desorden y condenarse a la esterilidad. Pero con frecuencia nos encontramos entre dos escollos: o el de una anarquía que, atenta a la necesidad del momento, no quiere fijarse en la naturaleza de la Institución; o el de una rigidez total, absoluta, que se empeña en aplicar el reglamento con precisión matemática, sin excepciones, sin miramiento de circunstancias. Así casos de urgencia de inaplazable atención, tienen un fatal desenlace, cuando con humana comprensión, pudieran haberse solucionado. El formalismo sin corazón nos lleva a ridículos extremos. Sirva de confirmación un hecho inocuo en sí.

Una serpiente venenosa, escapada del parque zoológico, comenzó a pasear por las calles de una ciudad con la consiguiente alarma y peligro de los ciudadanos.

Avisado un policía de la presencia del ofidio, contestó que "él estaba para vigilar la conducta de los hombres y no de los animales".

Un telefonazo al Cuartel de Bomberos recibió esta contestación: "Nosotros apagamos incendios; nada tenemos que hacer con serpientes".

La mansa Sociedad Protectora de animales replicó que "uno de sus postulados era la libertad de los aprisionados animales".

El espanto cundía. Dos perros que

se acercaron audaces, recibieron una mortífera inyección.

La solución vino de donde menos se esperaba. Un camionero, transportador de carbón, dejó caer un saco vacío, junto al reptil despavorido y cansado, y al entrar éste dentro de él, lo levantó suavemente con un gancho, lo ató con cuidado y lo devolvió al Parque Zoológico.

Demasiados formulismos: poca cabeza y menos corazón.

## Formulismos fatales.

Padre y madre, Juana M<sup>a</sup> Gonet, con tres hijos, llegaron a Turín, de paso para Lyon. Ella, en los primeros meses de estado, sintió de pronto agudos dolores y fue trasladada con urgencia al Hospital San Juan. Pero sus puertas no se le abrieron porque, según el Reglamento allí no se recibían más que enfermos crónicos. El caso era del Hospicio de Maternidad.

La pobre entre gemidos llegó al Hospicio de Maternidad. Allí no la aceptaban, porque según el Reglamento, la institución era exclusivamente para parturientas.

Casi en estado agónico emprendió el camino hacia el albergue San Jorge, una casita, donde tenían acogida provisional los enfermos hallados en la calle y los extranjeros sin recursos. Por la alarmante gravedad llamaron para sus auxilios espirituales a un canónigo del Corpus Domini, en cuya jurisdicción parroquial estaba enclavado el albergue. Al momento acudió Cottolengo y no se separó hasta que la enferma expiró cristianamente con bendiciones para sus hijos y esposo.

Pero el cuadro era impresionante. Lloraba sin consuelo el esposo. Se abrazaban a él, desesperadamente arrasados en lágrimas los tres hijos y tendida en el pobre camastro, pálida y serena, con la paz de los muertos, Juana María Gonet.

Quien tuvo para ella caridad tan fina, no olvidó ni al esposo ni a los niños. Con ellos se expansionó en común dolor y muestras de delicada ternura y en las manos del padre depositó una suma que podría servirle para el agobio de aquellos días y el viaje a Lyon.

## La Providencia.

Formulismos. Poca cabeza y menos corazón. Por ellos murió Juana y se

hundió un hogar. Asaltada por la muerte, la abandonaron en un hospital por una razón baladí; en el hospicio por reglamento. Total: una catástrofe.

La mirada humana que es tan corta, no acierta a descubrir en la trama de los sucesos humanos, la mano de la Providencia. Ve sólo lo inmediato; lo del momento y no sospecha que en los pliegues de una nube se esconde una estrella y en la lobreguez nocturna duerme la magnificencia de la aurora. El grandioso monumento a la Piccola Casa se basa en la desgracia del albergue San Jorge.

#### Cottolengo.

El héroe que ha dado el nombre a la Institución se llama José Benito Cottolengo. Hijo de modesta familia, había de ser, andando el tiempo, la gloria más pura de ella y el orgullo de Bra, pequeña y pintoresca población a 50 kilómetros de Turín. Más que con palabras, la labor educativa la hacían los padres con sus vidas ejemplares. Impregnadas estaban las familias de hondo espíritu cristiano y era la piedad con una caridad delicada lo que se respiraba en casi todos los hogares.

Nuestra Señora de las Flores (en recuerdo de un ciruelo que en Bra desde hace más de cinco siglos, florece dos y tres veces al año) era la advocación predilecta de su devoción a la Virgen y allí iba con frecuencia acompañado de su madre. Esta devoción mariana fue creciendo y llegó a ser característica de su vida. Aun hoy día se conserva un poético recuerdo.

Pasaba en su cuarto, ya sacerdote, largas horas de oración, junto a una devota imagen de María, siempre adornada de frescas flores e iluminada, día y noche, con una lámpara de plata. Al ausentarse, hablaba a dos canarios enjaulados: "Festead a la Señora que por algo os doy buen alpiste. Mientras estoy aquí, silencio; pero en mi ausencia, trinad y gorjead a la Señora, porque estáis nombrados sus músicos y cantores".

Con su madre entraba también en el Hospital, para visitar a los enfermos y cuantas veces un pobre llamaba a la puerta de su casa, acudía presuroso a la voz maternal que le decía: "Vete al pobre y dále con gentileza esta pequeña gracia de Dios, porque los pobres son nuestros hermanos y hay que ayudarlos".

Que estas palabras y ejemplos caían

en tierra fecunda lo demostró un día, después de medir la casa esmeradamente le dijo a su madre: "Mira, mamá, querría saber cuántas camas se pueden colocar en esta casa, porque cuando sea grande, quiero llenarla con pobres enfermos".

Pareja reacción sentía, cuando la cosecha granaba abundante y en sazón: "Papá, estoy que no quepo de alegría. Con la recolección tan buena, más que dar y los pobres menos que sufrir; porque si Dios nos da tantos bienes es para que los distribuyamos con mano más generosa".

#### Estudios.

No dió muestras de precocidad en los estudios. Todo lo contrario; a pesar de sus esfuerzos, figuraba entre los más torpes. "Vosotros, decía a sus discípulos, todo lo entendéis; yo en cambio nada entiendo; lo que se llama nada".

Creábase a veces esta situación estada de melancolía; pero a su lado estaba su gran pedagoga que con maternal ternura le dijo: "Pídele a Santo Tomás; pídele con amor y verás cómo te escucha".

Así fue en realidad. Aquella inteligencia se despejó. Ya desde ese instante la vocación sacerdotal le pareció asequible y tras estudiar en el Seminario de Asti, pudo ser ordenado en Turín, conquistar el Doctorado en Teología, y aun quedar agregado al Colegio de Teólogos.

Conservó siempre un ingenio chispeante y con su campesina campechanía conquistaba a muchos. "Mira, Rolando, le decía a un acompañante fiel; eres bueno, me ayudas y no quiero que vayas un día a quejarte de mí. Quiero pagarte con una botella". Y al instante, entraba con él en una en una familia de enfermos y miseria.

A los amigos que, a su paso, encontraba por la calle, les brindaba sonriente: "Vénganse conmigo; vamos a beber". Y su botiquín se encontraba siempre en una casa pobre, al término de una escalera. Los asientos eran la cama del enfermo y la botella de vino consistía en limosna dada al pobre con toda la emoción del corazón.

#### Fundación.

Con sangre y fuego quedó grabada en su imaginación el 2 de Setiembre de 1827, fecha de la muerte de la Señora

Gonet. Aquello no volvería a repetirse. Dios le había inspirado la idea.

Una tarde dominguera entrando en su Iglesia del Corpus Domini llama al sacristán para que inmediatamente dé un toque de campanas. "¿Toque, de qué?, replicó el sacristán, si todas las funciones se han terminado". "Te digo, responde el canónigo, que toques y enseguida... A descubrir la Virgen de las Gracias y a prender las velas, porque hoy debemos rogar a la Santísima Virgen".

Escasa fue la concurrencia y sin fijarse en ella entonó las Letanías de la Virgen. Al volver a la sacristía no había de gozo. "Está concedida la gracia. Está concedida la gracia. Bendita sea la Santísima Virgen".

#### Manos a la Obra.

Al día siguiente, 17 de Enero de 1828 se alquilaban dos piezas en la casa "Volta Rossa" y en ellas colocó cuatro camas.

"Ya tenemos las camas, decía Cottolengo; no nos faltan más que los enfermos; mas quien nos dió los primeros, nos dará también los segundos". No tardaron en llegar. Y fue la primera, como germen del hospital, una Margarita, paralítica total, completamente inválida y necesitada de todo servicio. Lo cierto es que alquilando, una tras otra más habitaciones, al poco tiempo tenía 35 enfermos.

#### Dones de la Providencia.

"La Providencia todo nos lo dará", repetía el Fundador, con un tono de voz que era prueba de su confianza absoluta. En la persona de Lorenzo Granetti halló el médico que necesitaba y el farmacéuta de la Casa Real, Pablo Anglesio, se comprometía a suministrar gratis cuantas medicinas necesitara.

Todo estaba en orden: casa, camas, enfermos, médicos y medicinas. Ya la Obra comenzaba a tomar proporciones considerables. Como que no faltaron quienes augurasen una pronta bancarrota económica. De ese temor nacían los consejos que muchos le daban y aun las reconvenciones con que le amonestaban. Pero el buen sacerdote respondía a todos sonriente: "Pero ¿qué me vienen a mí con esos cuentos? Díganse a la Providencia porque todo esto le toca a ella".

Por orden de la Autoridad, con mo-

tivo del cólera y por protestas del vecindario, tuvo que levantar el hospital y buscar un servicio en los alrededores de la ciudad. Para muchos era aquello el principio del fin; para otros la inevitable confirmación de sus predicciones.

"Eso es lo que hemos ganado, le dijo el Director de los Canónigos; esa es la broma que nos habéis echado. ¿Quédáis ahora satisfecho?". Pacientemente oyó el súbdito aquellas palabras que encerraban un reproche para la Obra y su Fundador. Pero éste tras escucharle le replicó: "Cómo se conoce, Sr. Rector, que no es Ud. de Bra! Porque en mi tierra todos saben que para recoger grandes y bellas coles, hay que trasplantarlas. Yo que soy de Bra lo aprendí de niño y le aseguro que la Divina Providencia trasplantará esta Casa y se transformará en algo grandioso".

No podía ser el Santo más tajante. Dios le había dado a conocer el futuro de su Obra con una claridad meridiana. "Tiempo vendrá, decía, en que miles de personas comerán aquí dentro del pan de la Divina Providencia y el establecimiento se agrandará hasta convertirse en un pueblo. Nos hallamos sólo en los principios, porque la Piccola casa está destinada a extender sus construcciones hasta Dora; al oriente, hasta el suburbio de Palone y al occidente hasta San Pedro in Vinculis".

No todos le daban el mismo crédito y ya que no podían cerrar los ojos a la realidad, se escudaban para justificar su desconfianza, en la incertidumbre del futuro.

"¿Quién se hará cargo de esto a su muerte"?

"El que lo tiene ahora, respondía; la Divina Providencia".

Padre! le decía la Hermana encargada del Economato, que no tenemos ni leña, ni vino, ni ropa; y en Caja... veinte liras.

"Echelas por la ventana, zoqueta, pues cuando nos falte todo, entonces vendrá la Divina Providencia y traerá nuevas provisiones".

Padre! que hay más necesitados a las puertas y no tenemos camas, ni siquiera pan!!!

"Adentro los enfermos, respondía. Cuanto pobre se presente, adentro. Providencia!!! Providencia!!!

Para Cottolengo no había problema.

Dios que cuida de los pájaros del cielo, cuidará de sus hijos predilectos, los pobres y enfermos. Y los santos sienten esto y lo ven y lo palpan. Su conducta obedece a esa realidad. Pero los que no lo son, los que todo lo miden con cálculos humanos, quedan ante estos hechos desconcertados.

Hasta las altas esferas del Gobierno subió la desconfianza y el temor del pavoroso problema que se les planteaba a la muerte de Cottolengo. Porque eran 600, los que sin capital ni renta fija se albergaban en aquellos edificios y toda esa nube de necesitados gravitaría, en fecha no lejana, sobre las arcas exhaustas del Erario.

Por ese temor le llamó el Ministro del Interior.

M - Dígame, es Ud. el Director de Valdocco?;

C - Propiamente no soy; sólo un sirviente de la Divina Providencia.

M - Bueno, pero de ¿dónde saca Ud. los recursos para sostener tanta gente?

C - De la Divina Providencia.

M - Está bien, pero siempre habrá algunas entradas seguras, algunas contribuciones fijas;... y el Gobierno tiene derecho a conocer eso.

C - Tiene mucha razón, pero mi casa está bajo la protección de la Divina Providencia. El cielo nos manda cuanto necesitamos. Por lo tanto Ud. se preocupa sin motivo y yo no me preocupé. La Providencia no nos abandonará; puede estar cierto de esto. Los hombres pueden abandonar, pero Dios no".

En un memorandum que el Ministro pasó al Rey se lee lo siguiente: "Para todas mis preguntas no ha tenido más que una sola palabra: Providencia, la Providencia de Dios. Majestad, es un hombre extraordinario; su aspecto es de un ángel; es un santo se lo recomiendo a su Majestad".

Cottolengo tuvo una entrevista con el Rey que le habló de la necesidad de nombrar a alguno que tomase la Dirección, cuando faltara. El tono era muy confidencial y la conversación fluía junto a una ventana que daba a la plaza, donde en aquel momento se efectuaba el cambio de guardia. Por respuesta a la proposición real dijo el santo: "Observe, Majestad, lo de la plaza. Un soldado musita una palabra al oído del otro; el recién llegado pone su fusil sobre la espalda; el sustituido se va así, sin que nadie caiga en la cuenta, la guardia del palacio continúa

de día y de noche. En mi caso acontece lo mismo. Yo nada valgo. Cuando la Providencia cree llegado el tiempo, bisbisa una palabra en el oído de otro que viene, toma mi puesto y todo sigue como antes".

Esta ha sido la historia de la Piccola Casa. No quiere capital; rechaza rentas fijas. Vive de la limosna, colgada de la divina Providencia que vela por ella. Ni en la penuria de la guerra le faltó. También allí cayeron bombas. La noche del 13 de Julio de 1943 pasó por allí como un huracán de infierno. 86 muertos; 260 heridos y destruidos los hospitales de la Dolorosa, los Inválidos y Santa Eliana y el de la Inmaculada. Pero todo pasó. Sobre las ruinas ha levantado la Divina Providencia hospitales más bellos, más amplios, más modernos.

#### Algunos datos.

Desde su origen: 1828 hasta 1954 han sido:

Entradas de enfermos	224.000
Admisión anual sólo en Turin	2.000
No. actual en la Piccola Casa	6.000
No. actual en las 110 sucursales de Italia	8.000

#### Gastos en la Piccola Casa

Kilos diarios de pan	1.800
Kilos diarios de pasta	300
Kilos diarios de carne	400
Kilos diarios de papas	1.600
Kilos diarios de sal	100
Kilos diarios de condimentos	100
Huevos diarios	750
Litros diarios de leche	1.100

Las instalaciones son de lo más moderno. Así la Panadería es automática en todas sus operaciones, saliendo de sus hornos 1.300 panes dorados por hora.

La Cocina central (hay varias locales en diversos pabellones) cuenta con 60 Hermanas y varias ayudantes. Allí se ven dos enormes mesas de 3x10 metros cada una, de puro mármol. 24 calderas de 600 litros cada una, accionadas a vapor; igual cantidad de otros recipientes y una fila interminable de tenedores, cuchillos, cucharas... Todo limpio y reluciente.

Por unos rieles sujetos en el techo circula un carro lleno de papas, verduras, etc., que las va descargando en las mesas para que las Hermanas las limpien y aderecen.

La Central Térmica (cocina, baños...) quema diariamente 500 litros de gasolina.

En la Lavandería entre ropa de cama y efectos personales se lavan diariamente 3.000 kilos. Quien piensa en pasados tiempos admira la abnegación de las Hermanas de Santa Eliana. Hoy las máquinas han aliviado mucho su durísimo oficio.

La Farmacia gasta mensualmente medio millón de liras.

#### Espíritu.

Todo lo que es miseria y dolor se ha dado cita en Cottolengo. Locos, epilépticos, lisiados, inválidos, deformes...; pero hay un pabellón que inspira especial ternura y tristeza; es el de los que no han tenido uso de razón. El día que visitaba Cottolengo, un caballero no pudo resistir la impresión y llorando se retiró: "No comprendo cómo estas Hermanas pueden vivir aquí por años. Esto es supra heroico. Es la divina Caridad".

A esos precisamente tenía predilección singular el santo. Bien lo proclamaba el mármol puesto a la entrada del pabellón con sus palabras: "Aquí, las perlas de la Piccola Casa. Los buenos hijos. No somos dignos de estos regalos que nos hace la Divina Providencia. Y para hacernos merecedores tengamos como una preciosidad, los que ahora poseemos".

Pero al penetrar en Cottolengo se respira un ambiente con ciertas características.

1o. **Espíritu de trabajo.** En aquella población todo miembro de la comunidad trabaja según sus posibilidades; el que poco, poco; el que mucho, mucho; y el inválido ofrece su cruz a Dios. Y en esa colmena de inquieta actividad, las Hermanas religiosas son las abejas más activas.

2o. **Espíritu de oración.** Hay allí varias capillas con el Santísimo, donde se reúnen para oír misa, comulgar y orar. El Rosario se va desgranando en capillas, pabellones, corredores y oficinas. Hay una Comunidad de vida contemplativa. Aquella población es Casa de oración; su ambiente es la plegaria.

3o. **Espíritu de alegría.** En esa ciudad de dolor es donde he visto más caras sonrientes y trato de más franca alegría. El agradecimiento es flor de corazones hermosos y cada enfermo de Cottolengo cultiva ese afecto con mimoso cuidado. Apenas se asoma uno, escucha el clásico "Deo gratias", Gracias a Dios. En Cottolengo se practica a la letra el consejo del Prefacio: Es digno, justo, equitativo y provechoso que nosotros siempre y en todas partes te demos gracias, Señor Santo...

Deo gratias, sale espontáneamente, con sinceridad del corazón y se asemejan aquellos enfermos a la fuente de la montaña que no contenta con dar al alpinista la frescura de sus aguas, se la ofrece con el murmullo de la corriente. Deo gratias; me resuenan los oídos con esa dulce invocación. Y cosa singular, de esa ciudad de dolor no conservo sino gratuitos recuerdos. Cristo lo ha purificado y sublimado todo.

**Enérgica protesta.** El año 1833, el Rey Carlos Alberto reconocía la existencia legal de la Piccola Casa. Pero después de leído el documento, se fijó Cottolengo que el título era "Casa de la Providencia" sin el epíteto divina. Protestó enérgicamente. "Eso no puede ser. Tal como está se puede aplicar a la providencia humana, a la providencia real; pero nuestra Providencia es la Divina. Nada de equívocos ni sobreentendidos. Todo claro, limpio y expreso". Tenía razón. La Piccola Casa es Obra de la Divina Providencia.

VICTOR IRIARTE, S. J.

